



Acompañamiento pastoral del duelo desde la parroquia

Jesús García Herrero



Diseño: Estudio SM

© 2019, Jesús García Herrero

© 2019, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppcedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.es

ISBN: 978-84-288-3450-6

Depósito legal: M 29130-2019

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

INTRODUCCIÓN

Me animo a escribir estas páginas desde la experiencia pastoral de acompañamiento a tantos que han perdido un ser querido y quedan heridos y sin horizonte. A lo largo de muchos años de trabajo parroquial y en mi actual tarea como capellán del tanatorio de la M-30, de Madrid, he tenido la gracia de estar cerca de los enfermos terminales y de sus familiares después de su muerte. Siempre he creído en la fuerza transformadora de la presencia, de la sacramentalidad cristiana, de la palabra que conecta con la existencia concreta y que ayuda a trascendernos, a vislumbrar lo que ordinariamente no aparece, ante un umbral de sombras y misterios.

Con nuestra presencia junto a los familiares del difunto estamos llamados a aportar el don más precioso: la paz. Esa certeza interior de un nuevo sentido, de que no todo está perdido, porque lo confiamos a los brazos de Dios. Hemos de ser «sacerdotes de resurrección», mensajeros del Invisible que ayudan a atravesar la prueba de la noche hacia la mañana de la resurrección, mirando desde el corazón iluminado por la fe.

La decadencia actual del ritual funerario revela la crisis de la dimensión espiritual de la vida, de los lazos afectivos entre parientes y amigos, de la memoria como argamasa del sentimiento comunitario y la pérdida del horizonte del más allá. Resulta paradójico que, estando la muerte por todas partes (televisión, cines, videojuegos), se haya perdido la *conciencia de la mortalidad*. Sin embargo, hemos experimentado que los momentos en torno al duelo ofrecen un espacio privilegiado para que el acompañamiento pastoral pueda alumbrar una perspectiva esperanzada.

«Acompañar» es estar o ir en compañía de otros. Para el doliente, es importante sentir que alguien camina a su lado en los momentos oscuros y cuando está perdido. Necesita sentirse abrazado, escuchado para ser reconfortado y encontrar una salida a su angustia. Mientras acompañamos, ni el otro ni nosotros nos sentimos solos y ayudamos al otro a ser protagonista de su vida.

El tiempo del duelo precisa de un apoyo psicológico adecuado para elaborar los diversos pasos que ayuden a superar esa etapa. Pero reclama también el alivio y consuelo que aportan las energías espirituales (fe, creencias, ritos); de ahí la trascendencia del acompañamiento espiritual en todo ese proceso.

Significa una traducción de la compasión evangélica que implica calor humano y empatía en relación con la persona que está sufriendo la pérdida. El apóstol Pablo advertía a los primeros cristianos que, en medio de las lágrimas, no debemos desesperar como los hombres que no tienen esperanza; en Jesús resucitado estamos llamados a atravesar la cruz y la muerte. El duelo es una respuesta a un amor experimentado; queda su recuerdo, el agradecimiento y la oración.

CONCLUSIONES

Inspirado en las opiniones de diversos autores especializados y expertos en la materia, apunto aquí algunas orientaciones.

El dolor

A nuestros difuntos los llevamos a cuestras. No hay que tener miedo a las lágrimas, pesan mucho las no derramadas. La imagen del difunto queda idealizada y a veces genera mala conciencia: ¿me porté bien con él, hice lo que se esperaba de mí? La muerte es ocasión de reconciliación, de perdonar las mutuas debilidades. Ellos están acogidos en el abrazo de paz de Dios y nos inspiran para recuperar la paz.

Muchos sueñan con el ser querido, se comunican con él; los sueños pueden transformar el dolor en confianza y esperanza que iluminan el camino a seguir.

El recuerdo

El olvido es otra forma de muerte, es preciso hacer hueco en nuestro corazón para colocar en él su figura, mantener el diálogo con él, cultivar los recuerdos, evocar su nombre. Los ojos que se apagaron, esos ojos iguales a los tuyos, siguen preservados en tu cara después de su muerte, como una parte de su código genético cifrada en cada célula de tu cuerpo. Continúan mirando a través de tus ojos; se repiten en tu cara la forma y el color de los suyos o la dulzura y melancolía de su sonrisa. Su mirada se trasluce en la tuya.

Las comidas de aniversario expresan que seguimos juntos y que, en Dios, la frontera entre la vida y la muerte se difumina.

Volver al sepulcro con flores, oraciones, confiarle las preocupaciones. Allí se puede percibir un rumor de ángeles: «No le busquéis entre los muertos, ha resucitado». Rogamos por ellos y ellos ruegan por nosotros, así circula la gloria entre el cielo y la tierra en una comunión ilimitada.

La ausencia

Hay que tomarse tiempo para desalojar la vivienda o la habitación del difunto; preparar en casa un espacio que simbolice su presencia con una foto, un objeto significativo, una flor. Guardar algunas cosas que le pertenecieron, como un asidero para la memoria, una prueba material que pueda retrasar o atenuar la erosión del olvido, pero no conviene transformar su habitación en un «santuario» o monumento funerario.

El duelo

El objeto del duelo es establecer una nueva forma de relación que se ha desplazado a otro nivel; nueva relación que no pretende retener, sino permitir que te acompañe desde el cielo; es percibir un hermoso y triste vacío habitado; somos materia en busca de un abrazo. Transcurre el tiempo y, en un momento determinado, ciertos lugares parecen reavivar en nosotros aquella presencia tan amada. Resuenan en nuestro corazón sus palabras, revivimos instantes y destellos de experiencias compartidas.

Es necesario buscar la ayuda de un profesional si el duelo se torna patológico y nos hace daño. Y durante él es preciso no cerrarse, no huir, buscar a las personas con las que se pueden compartir los recuerdos, los dolores, las esperanzas. Confiar en el Dios consolador que enjugará las lágrimas de nuestros ojos.

El duelo es la vida, el duelo nunca acaba del todo. Un viudo me comentaba: «Llevo contabilizados los años, días y horas que estuvimos juntos; ahora vivo desde ella y para cuidar a mi hija enferma».

El duelo está superado cuando la persona es capaz de involucrarse nuevamente en la vida a través de los compromisos familiares, sociales y religiosos en los que canalizar su potencial donativo y afectivo hacia otras personas.

La muerte no nos roba a las personas amadas, nos las guarda; las pasa al otro lado de las cosas y nos las inmortaliza. La resurrección trastoca el aspecto tenebroso de la muerte: seremos carne de resurrección. Las palabras deben callar ante «lo que Dios tiene preparado para los que le aman».

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
1. DUELO ANTICIPADO	7
Ante la incertidumbre	8
Visita en el hospital	9
Es fundamental el apoyo mutuo	10
¿No asustar al enfermo?	11
¿Qué futuro nos espera?	12
Despedida en familia	14
La celebración del sacramento de la unción	15
La unción comunitaria de los enfermos, sacramento de la ternura de Dios	16
El contexto	17
Preparación previa	17
La celebración	18
2. HACERSE PRESENTE TRAS LA MUERTE	23
Presencia en la casa del difunto para enjugar lágrimas y aportar un gesto de esperanza	24
¿Qué ha hecho Dios contigo?	24
He encontrado muerto a mi padre	25
El encuentro ocasional en la calle	26
3. DESPEDIDA EN EL TANATORIO	27
Dios perdona y acoge	28
Gracias, tu vida está cumplida	29
La muerte no es el final	30
Vidas entregadas	32
¿Quién se ha llevado a mi hijo?	33
Ha sido un milagro	35
Nadie ha vuelto para contarnos lo que hay del otro lado	36
¿Adónde se va mi papá?	37
Su tarea: servir	38

4. EL ENTIERRO Y LA INCINERACIÓN	41
Entregar a la tierra una buena semilla	41
Enterrar a un amigo suicida	42
Entierro de una mujer muerta en accidente de avión	44
Víctima de la depresión	45
Incineración de Gabriela	47
Entierro de las cenizas de Hortensia	48
5. FUNERALES	51
Valor de la sacramentalidad	52
Algunos símbolos y gestos	53
Ante el drama del suicidio	56
Funeral por muerte repentina	59
Un accidente trágico le arrancó la vida	62
Se cansó de vivir	63
Has partido en la muerte, ¿hacia dónde te diriges?	64
Nos dio la lección suprema: saber morir	66
Esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva	68
La tumba sellada por este lado se abre hacia el futuro	69
Cuando el Altísimo te suelta de una mano te recoge con la otra	71
Mis ojos cansados han visto la luz	73
Sierva fiel, entra en la casa de tu Señor	74
6. EUCARISTÍA DOMINICAL COMUNITARIA	77
7. MISA DE ANIVERSARIO	81
Añorar la presencia	81
Aguardan la hora en que suene la campana de la resurrección	82
8. CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS (2 DE NOVIEMBRE)	85
Ambientación	85
Celebración de la eucaristía en la parroquia	86
9. ACOMPAÑAMIENTO PASTORAL DESDE LA COMUNIDAD PARROQUIAL Y DESDE CADA CRISTIANO	91
Conferencias y debates	91
Grupo de ayuda para la elaboración del duelo	92
Acompañamiento en momentos especiales	93

Selección de textos para esos momentos	94
Bíblicos	94
Otros mensajes	97
Despedidas	100
Oraciones	101
10. TRÍPTICO	103
Despedida del ser querido	103
¿Qué futuro te espera ahora?	103
Palabras de despedida de Jesús a sus discípulos	104
Oración	104
N. os dice unas palabras de consuelo	104
Vuestro duelo	105
11. LECCIONES PENDIENTES	107
Aprender a morir	107
Prepararse a bien morir	108
12. CONCLUSIONES	111
El dolor	111
El recuerdo	111
La ausencia	112
El duelo	112